

# EL COMERCIO.

Año XXXIII.

Jués 12 de Agosto de 1875.

Núm 11548.

CADIZ 12 DE AGOSTO DE 1875.

Triste impresión han causado—¿por qué lo hemos de negar?—las noticias de los periódicos sobre la inminencia de una nueva quinta extraordinaria, de una quinta de cien mil hombres para hacer un último esfuerzo, con objeto de acabar cuanto antes con la guerra civil en las provincias del Norte.

Y sin embargo, todo el mundo reconoce que si el esfuerzo es necesario, vale más hacerlo de una vez que agotar las fuerzas del país en una larga serie de sacrificios parciales, que por su misma pequeñez relativa, resultan *parcialmente* ineficaces para conseguir el objeto que se desea.

Sucedo con la guerra civil de la Península algo parecido á lo que está aconteciendo con la guerra civil de Cuba. A Cuba se han enviado cerca de cien mil hombres desde que se dió allí el grito de rebelión; pero se han enviado poco á poco, en expediciones pequeñas, y no ha podido obtenerse por tanto un resultado importante de tamaño sacrificio. Si en lugar de cien mil hombres, hubiesen ido cuarenta mil de una sola vez, tal vez a esta fecha no existiría ya la insurrección.

Aquí la campaña del Centro ha sido coronada con el éxito más feliz, no solamente por el acierto y la pericia de los generales y por el valor y la constancia de los soldados, sino porque han podido caer y han caído sobre los carlistas fuerzas numerosas que han desconcertado todos los planes de Dorregaray, obligando á este á abandonar por completo todo el territorio que era teatro de sus correrías.

Si la campaña de Cataluña tuviese el mismo éxito satisfactorio, tal vez no sería necesaria la quinta que se anuncia, para dar un golpe mortal al carlismo en las provincias del Norte, porque la mayor parte del ejército que hoy opera en el Principado, podría trasladarse rápidamente al país vasco-navarro para emprender allí con tan poderoso auxilio operaciones decisivas.

Pero, aun después de tomados los fuertes y la ciudadela de la Seo de Urgel, la campaña de Cataluña puede prolongarse mucho más tiempo que la del Centro, y de seguro han de hacerse grandísimos esfuerzos para prolongarla, como que solamente así podrá evitar ó aplazar por lo menos el Pretendiente el gran golpe que le amenaza en Navarra y en las Provincias Vascongadas.

Comprendemos, pues, que el gobierno quiera prevenirse desde ahora para caer con fuerzas abrumadoras sobre el centro principal de la insurrección carlista, sin necesidad de distraer un solo soldado de los que hacen falta en Cataluña, para restablecer también allí la paz, en época cercana.

Tal debe ser el objeto de los nuevos sacrificios que, á lo que parece, van á exigirse al país. Son sacrificios costosos, costosísimos; pero de los cuales no sería justo pedir cuenta al gobierno que nos los impone, sino á ese partido obcecado y tenebrario que crea la triste necesidad de imponérselos.

Fuente memoria va á dejar el partido carlista de su temeridad y su egoísmo. No parece sino que se ha propuesto arruinar al país en venganza de que este no quiere aceptar su dominación. ¿Qué responsabilidad tan grande la suya! ¿Pero qué responsabilidad tan grande tam-

bien, la de los que han puesto en manos del carlismo las armas con que están combatiendo los intereses más caros de la patria!

Sin la revolución, el carlismo estaría donde estaba en 1868, caído, muerto, y sin esperanzas de volver á la vida. ¿Cómo no confundir en un mismo anatema al carlismo y á la revolución?

Nuestro apreciable colega *El Universal* de Sevilla no se muestra tan confiado como *El Español* en la estabilidad y firmeza de la conciliación en aquella capital.

Nosotros habíamos preguntado: ¿Qué pasa en Sevilla? Y *El Universal* se propone contestar y contesta, en efecto, á nuestra pregunta.

Empieza diciendo lo siguiente:

«Desde los primeros días de la restauración en el Trono de la dinastía legítima de España, aparte del buen deseo del gobierno supremo de la nación, parece que algún mal genio se cernía sobre Sevilla, logrando lanzar entre los defensores de la patriótica solución dada en Sagunto á nuestros males el germen de la división y el agravio. Por una fatalidad inexplicable se vieron con disgusto olvidos injustificados, gracias y ascensos en quienes la opinión pública juzgaba que menos los habían merecido, y distinciones que, constando á los leales alfonsistas que no se habían ganado en su campo, necesariamente habían de extrañarlos por lo insolitas y fuera de sazón, según el modo de ver y el criterio público, que no suele engañarse, aunque no conozca los resortes que, para producir tal efecto, se hayan puesto en actividad.

Cuanto esfuerzos se hicieron para restablecer el equilibrio se estrellaron en la fatalidad que nos perseguía. Viajes de los pro-hombres de la contra-revolución; cartas individuales y colectivas; exposiciones de motivos. Impaciencias en unos, dudas y recelos en otros, falta de armonía en todos, produjeron lo demás.

Por un sentimiento de nobleza propio del carácter español, a desgracia es simpática, y tras de la marmuración vinieron las quejas, y tras de las quejas la actitud que lamentamos en algunos hombres y en algún partido.

Lo que en Madrid, centro de la monarquía y de la política, produjo tan buen efecto, no lo alcanzó en Sevilla igual. El entusiasmo más ardiente, no por el Rey—eso nunca—sino por la situación—tampoco de Madrid, sino de Sevilla,—se fué enfriando, y he aquí los fenómenos que admiramos á nuestro colega *El Comercio*.

Harto influyó en este resultado la causa que el mismo colega apunta: aquí el sagastismo ha desaparecido casi por completo, y toda la masa del partido constitucional ha robustecido, desde los primeros días de la restauración, al gran partido nacional alfonsista; por consiguiente, el cambio ha sido localmente tan lento, tan leve, que los un tanto alejados de la política apenas han sentido la conmoción que hizo variar desde primeros de año nuestro modo de ser y de vivir, políticamente hablando.

Con el mejor deseo, sin duda, los hombres que estaban á nuestro frente en la localidad, tal vez se enganaron en un principio, y hoy se inicia una división que nosotros, decididos partidarios de la conciliación de todos los elementos alfonsistas, quisiéramos ver desaparecer como por encanto.»

Teníamos, pues, razón para creer que algo desagradable ocurría en Sevilla.

*El Universal* explica luego lo ocurrido respecto al ayuntamiento, haciendo observar que no tiene carácter político la cuestión de la dehesa de Tablada, cuestión que conocen ya nuestros lectores: considera infundadas las noticias de que se hubiese pensado en el Sr. Calzadilla ó en el Sr. Pellón para ocupar el car-

go de alcalde, y viniendo al hecho principal, según lo califica nuestro colega, se expresa así:

«El partido moderado histórico se ha reunido, como sabe nuestro colega gaditano, el Domingo 8 del actual en la casa Lonja, y por nuestro número de ayer habra podido enterarse de los respetables nombres que figuraron en el comité nombrado con el intento de dirigir la reorganización del partido.

Es de inferir que la reorganización se extienda á obrar de un modo activo en la contienda electoral que se aguarda; y aquí es donde nosotros creemos que hubiera convenido más á los intereses del mismo partido, y á todo el alfonsismo en general, el haber obrado de acuerdo con las otras agrupaciones que defienden el Trono de nuestro joven Rey. Claro está que el partido moderado, por su lealtad y sus servicios, debe tener su parte de representación en las futuras Cortes, y la tendrá seguramente; pero de eso á que trabaje por solo su exclusiva cuenta, hay gran distancia. Esa renuncia hubiera sido más provechosa, á nuestro modo de ver, si en vez de solo el partido moderado se hubiera compuesto, á semejanza de la reunión del 20 de Mayo en el Senado, de los tres elementos principales que profesan el alfonsismo.»

El Comité pudiera ser mixto entonces, y el día que se tratara de candidaturas, el elemento moderado hubiera tenido, sin oposición, su contingente, como el partido unionista y el constitucional.

De otra manera, parece dibujarse una disidencia, producto de un agravio, y hoy es preciso desterrar toda nube del horizonte alfonsista, y olvidar todo resentimiento. Las circunstancias de la capital y la provincia han variado. Hoy se hace justicia, dentro de la localidad al menos, á la lealtad del partido moderado, como á las buenas intenciones de los otros dos partidos alfonsistas. ¿Por qué no proceder de acuerdo? ¿por qué romper, ó dar pretexto para que se rompa, una conciliación que nos es tan necesaria á todos?

Nada tenemos que censurar en que el partido moderado se reorganice; pero mucho sí esto ha de dividirlo de los que con él han llevado á cabo la restauración, ó de los que de buena fé se hayan unido á tan hermosa causa.

Ejemplos que imitar tiene el partido en la actitud de *El Eco de España* y de *El Tiempo*, periódicos que, sin dejar de pertenecer al partido moderado, predicán un día y otro la conciliación. Ejemplo le da también al partido moderado de Sevilla el marqués de Cabra, el de Barzanallana y el conde de Toreno. ¿Por qué ir á buscarlo, si es que se busca, en la parte más intransigente del moderantismo histórico?

Ese mismo veterano del periodismo, ese diario *EL COMERCIO*, de Cádiz, qué es lo que recomienda á todos sus lectores y á los partidos alfonsistas? La unión, la unión íntima, sin la cual los elementos revolucionarios habrán de regocijarse.»

Grande sería nuestra complacencia si los leales consejos de *El Universal* fuesen atendidos por todos los partidos monárquicos de Sevilla.

Los periódicos franceses han publicado el siguiente despacho de Madrid de fecha 4 de Agosto:

«El gobierno piensa en ocupar militarmente las provincias Vascongadas y Navarra, declarando el país en estado de sitio permanente, si los habitantes se niegan á someterse.»

El gobierno parece firmemente decidido á impedir á toda costa que Europa llegue á considerar á España como un peligro permanente para su tranquilidad.»

*La Epoca* copia este despacho y dice:

«Si, como parece resuelto, el gobierno, obligado á ello por la tenacidad del carlismo, que solo resiste donde tiene inespugnables montañas por abrigo, pidiera al país un nuevo contingente de

hombres, la superioridad de nuestras armas estaría de tal modo asegurada, que no habría inconveniente alguno para realizar la amenaza contenida en el telegrama arriba copiado.

Y por eso, y por evitar á las provincias Vascongadas nuevos quebrantos, no obstante los terribles que ellas han ocasionado á la nación entera; por eso, repetimos, las hemos exhortado, á meditar un poco sobre su situación especial, con respecto á la general del país, pues todavía una inteligencia, una sujeción hecha á tiempo podría salvar esas instituciones tradicionales á que tan afectos se muestran los vascongados; pero si la suerte de las armas decidiera del resultado de la guerra, si un ejército victorioso ocupara militarmente el país, si aun hubieran de prolongarse los sacrificios de todo género que la nación entera se ve obligada á hacer contra unas provincias que ya varias veces en este siglo han sembrado de ruinas la patria, ¿a nadie se oculta que la opinión pública se impondría tan poderosamente, reclamando serias medidas de seguridad contra ulteriores empresas, que no habría gobierno bastante fuerte para resistir el grito general de tantas familias que visten luto ó se hallan arruinadas por esa inmensa guerra civil, hecha en nombre de un extranjero á quien no liga á España ningún otro interés que el de su ambición desahogada.»

Cuando en Diciembre los carlistas tengan sobre sí, como tendrán 350.000 hombres bien armados, cuando la ocupación militar de las provincias Vascongadas sea una empresa fácil, cuando el estado de sitio se decreta de una manera permanente, ¿no comprenderán los liberales vascongados y los carlistas de buena fé que la opinión del país pesará de una manera irresistible?»

*El Orden* de París, después de publicar un despacho de Madrid en que se dice que D. Carlos ha mandado á los institutos, escuelas, Seminarios, notarios, magistrados y sacerdotes, que no empleen la lengua española, sino la lengua vascuense, exclusivamente en las provincias Vascongadas; y en Navarra, observa oportunamente que con esa prohibición intimada á sus súbditos de hablar la lengua española, abdica en realidad el rey Carlos VII toda pretensión de gobernar á España, y en buena lógica debería renunciar al título de duque de Madrid, no estando situada esta capital ni en las provincias Vascongadas ni en Navarra.

«La unidad nacional del pueblo español, añade, esa unidad que data de Fernando y de Isabel, mezclando los colores de Aragón á los de Castilla; esa unidad que plantó la cruz en los muros de Granada y que se lanzó, conducida por Cristóbal Colón, á la conquista del Nuevo-Mundo, la repudia y la rechaza D. Carlos. Alfonso XII es hoy su único representante.»

Por iniciativa de *Las Provincias* de Valencia, y en la inseguridad de lo que pueda tardar el regreso á aquella capital del general Jovellar, se ha abierto una suscripción para hacerle el regalo de una espada ú otro objeto análogo, que demuestre al bizarro pacificador del Centro los sentimientos de gratitud y simpatía que se ha conquistado en aquellas provincias.

S. M. la reina Isabel, acompañada de las infantas sus hijas y del señor conde de Puñonrostro, ha salido de París, dirigiéndose á Randau, á la posesión que allí tienen los duques de Montpensier, donde pasará una temporada.





